

VISLUMBRE

EN GALTA, bajo un cielo llameante,
entre peñas rocosas
y esbeltos edificios con arcadas
(la sombra de Paz pasa entre dos cúpulas),
un hatajo de monos juguetea
junto al estanque al pie de la gran roca.
Rijosos e irritables
chillan, corren, se muerden, se zambullen.
Recorren la terraza,
trepan por las escalinatas
se desparraman por la plazoleta.



El agua cabrillea en el estanque.
Los monos, cada vez más numerosos,
se entregan a un fogoso frenesí:
un macho corpulento,
barbado y rápido, copula
con una mona vieja;
a su lado una hembra,
magras tetas rojizas,
el culo tumefacto,
amamanta a su cría
mientras un par de jóvenes
se disputan ruidosamente un mango.

Me acerco divertido,
buscando el mejor ángulo
para fotografiarlos. Su alboroto
contrasta con la tersa
limpidez del estanque.

Entonces la distingo:
en lo alto de la plaza
una niña bellísima contempla
a los gárrulos monos
y sus chanzas acuáticas.
Limpios ojos de pedernal,
de luciente obsidiana.



Inopinadamente un mono
se planta frente a mí,
gesticulante; luego
se aleja dando de chillidos.
Otro, rengo y sarnoso,
se me acerca taimado
e intenta arrebatarme
la cámara; pronto huye,
salta una balastrada
y desaparece, ágil y áspero.
Algunos me rodean.
Grito, corro, palmeo,
golpeo el suelo con los pies.
¡Atrás, atrás! Los monos se dispersan.

La niña, arriba, ríe.
Sus ojos son dos lagos
de sombra con destellos de plata.

Conforme la contemplo,
el santuario, los templos, las colinas,
la plazoleta al pie de la gran peña,
el trajín de los monos, el estanque,
parecen transfundidos en un cristal de roca:
vívida transparencia, esplendor suspendido.

Todo fulgura, quieto
e inerme bajo el sol, transfigurado
en la mirada de esa niña.

En ese instante percibí
— fugaz epifanía —
la esencial irrealidad del mundo:
reflejo de un reflejo.
Y lo llamé *Traslumbramiento*.